

Inti: Revista de literatura hispánica

Number 45
Para no volver a La Mancha

Article 45

1997

"Mientras la siesta"

Mariella Sala

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Sala, Mariella (Primavera 1997) ""Mientras la siesta"," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 45, Article 45.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss45/45>

This Otras Obras is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact elizabeth.tietjen@providence.edu.

MARIELLA SALA

MIENTRAS LA SIESTA

a Katty Maguiña

Los que acostumbrábamos a esa hora comer uvas bajo la sombrilla, esperando que pase la digestión para sumergirnos en el mar, nos sentíamos incómodos, polvorientos. El sudor oscuro resbalaba por nuestras caras. Las rodillas secas, llenas de tierra. Abajo, el mar azul, apacible, nos atraía. Algunos estábamos por retroceder y bajar corriendo el cerro, sin detenernos, y aún en la carrera, ir sacándonos de encima la ropa, las sandalias y llegar en una magnífica *cabecita*, atrás de las olas. Un *muerquito* para descansar y ya.

Pero este día no podía ser como cualquier otro del verano. Había sido esperado durante una semana, cuidadosamente planeado a fin de conseguir los permisos de nuestras madres y quienes no lo consiguieron, sencillamente se habían escapado. Eramos un grupo de amigos en busca de aventura. A pocos minutos de camino ya sólo veíamos cerros alrededor nuestro y empezamos a sentir sed. No divisábamos nuestra meta: la casita.

No sabemos cuándo le dimos ese nombre que no se ajustaba en realidad a su naturaleza pues se trataba de una construcción de adobe, una especie de capilla, sin paredes, encajada en el cerro al borde de la carretera que a esa altura se estrechaba para ingresar, como por un túnel, al puerto. Estaba pintada de un blanco impecable y su imagen siempre nos llenaba de gozo al divisarla desde el automóvil cuando llegábamos de vacaciones. Para Virginia y sus hermanos, esa casita era el símbolo de la alegría y la libertad, y aunque no éramos tan antiguos como ellos que venían aquí prácticamente desde que nacieron, era también para nosotros la imagen que en las tardes

de invierno nos daba ánimos para continuar hasta la llegada del verano. Sentíamos que al verla empezábamos a revivir luego de nueve meses de rutina entre el colegio y la casa, la misa y las tareas. Así, el largo viaje desde Lima acababa abruptamente ante esa visión maravillosa que era el preámbulo a la vida real: los pies descalzos, la vida en comunidad, sin horarios.

Aquella tarde estábamos echados boca abajo en círculo, jugando al *palito* y haciendo tiempo para que anoheciera. La playa había quedado solitaria y aunque nosotros no pensábamos volver a bañarnos, tampoco queríamos desprendernos de la tibieza de la arena. Yo, personalmente, estaba muy contenta así. Mi hombro rozaba suavemente con el de Andrés, el chico nuevo de la temporada que era guapísimo aunque muy tímido. A Sandra la veía entusiasmada, dispuesta a estar por tercera vez con Pablo, de quien se separaba y volvía cada año; y Silvana y Juanito estaban como siempre, de la mano, mirándose hipnotizados.

Al final, terminaríamos jugando a los castigos. Besándonos primero, con lengua y todo, luego bañándonos en el mar, para irnos después orgullosos de caminar mojados por el malecón cuando ya era totalmente de noche. Caminaríamos susurrándonos coartadas para explicar nuestra tardanza, riéndonos, sabiendo que en nuestras casas nunca nos esperaban a la hora *en punto* a no ser que estuviéramos enfermos, lo que nunca pasaba, por supuesto.

Esa tarde, sin embargo, con el cielo rojo y amarillo en el horizonte, hablamos por primera vez de la casita. Ninguno la había visto jamás de cerca, ni conocía su interior, así que decidimos este día de excursión.

Nos sentamos a descansar, polvorientos, secos, sobre la tierra. No habíamos traído agua, ni siquiera las uvas — qué idiotas — y ahora el sol quemaba nuestras nuca. Nany, la hermanita de Sandra estaba a punto de llorar y Pablo ya se estaba amargando. A pesar de ello, el paisaje era impresionante. Lomas de tierra y el cielo despejado. A lo lejos, el mar, como una laguna azul y más allá, la isla.

Pronto decidimos que estábamos mejor caminando que achicharrándonos como lagartijas. Nos levantamos en el preciso momento que Nany gritó asustada: ¡Un ladrón, un ladrón!

Refmos al divisar al Bilichi que descendía apresurado por una ladera. Su torso moreno, al desnudo, exhibiendo una musculatura casi titánica que resaltaba más, contrastada al pálido marrón de los cerros, tenía aterrorizados a todas las señoras y papás de la playa. Decía de él que era un loco agresivo,

andaba con cadenas, gritaba y ciertamente había atacado a alguna gente, aunque la mayor parte del tiempo se dedicaba a pintar extrañas inscripciones en las casas de los veraneantes que no atinaban a hacer nada para impedirlo.

De su pasado, no se sabía nada, aunque parecía que no siempre había sido un solitario. Se rumoreaba que hasta tuvo esposa e hijos pero de ser cierto esto, nadie conocía a su familia.

Se dirigía a nosotros, así que caminamos hacia esa dirección. Era nuestro amigo y yo especialmente, lo admiraba mucho. Era la única persona capaz de saltar de lado a lado el Boquerón y de hablar a gritos con Dios y con Neptuno. Levantaba sus cadenas haciéndolas girar en el aire, pronunciaba palabras inentendibles y retaba la reventazón de las olas inmensas que salían furiosas del túnel. Frente el estallido del agua, él volaba brillando con la espuma blanca ante el resplandor de la luna llena. ¿Cómo íbamos a temerle, si era un valiente?

Lo queríamos y apreciábamos su locura.

— Me estoy yendo a Punta Hermosa ¿quieren venir? — nos preguntó — Tengo que retar a un abusivo que dice que es hijo de Neptuno, le voy a sacar la mierda. Gringuita — me dijo, clavándome esos ojos que habían originado su apodo — yo te llevo en los hombros.

Nos miramos inquietos. Andrés oscilaba entre el temor y la fascinación. Juanito en cambio, se atrevió a explicarle desde su timidez y su cariño el motivo de nuestra excursión. El se tensó, se irguió más aún y quedó en silencio. En un instante, sus ojos lanzaron un brillo intenso, las chispas diabólicas que todos, salvo Nany y Andrés conocíamos. Le apreté la mano fuerte a Andrés para tranquilizarlo, protegerlo; vi que Sandra abrazaba a Nany.

— ¡No vayan! — gritó finalmente. Ese grito era, obviamente, una orden.

— Pero ¿por qué? — gimió Juanito

— ¡Allí vive el diablo! Gringa, no vayas. Te vas a joder, carajo — me amenazó.

— Pero... — intenté argumentar

— Vámonos a Punta Hermosa — me interrumpió. — Verán como hago pedazos a ese abusivo de Dios — insistió él.

Nos desconcertamos más que por la advertencia de Bilichi, por no saber cómo lograríamos liberarnos de él. Si se ponía terco no íbamos a poder seguir nuestro camino. A sus espaldas, se divisaba la esquina blanca de la casita; el cuerpo de Bilichi se interponía entre ésta y nosotros. No sabíamos qué hacer; mientras tanto, él seguía vociferando:

— A ese lugar le ha caído la maldición de Neptuno. Neptuno es sabio, él nos enseña. No vayan o, o... — balbuceó — ¡Morirán!

Nany rompió a llorar. Bilichi se compadeció y felizmente decidió callarse. Aprovechando ese momento, Sandra, no en balde era la más madura del grupo, le habló dulcemente:

— Tienes razón, Bilichi. No iremos. Pero tampoco podemos ir contigo. Estamos muy cansados, hace mucho calor y no vamos a resistir.

Y luego, tomándolo del brazo, le habló suavemente:

— En la noche, cuando regreses, nos cuentas cómo te fue. Seguro lo vas a ganar.

— Sí, sí — coreamos instintivamente todos.

Giramos sobre nuestros pasos, despidiéndonos de Bilichi, que luego de un instante de sorpresa, continuó su camino, tambaleante y farfullando:

— Cojudos, se van a joder. Si van a la capillita, se van a joder. Allí está el diablo, cojudos, allí está el diablo.

Nosotros seguíamos alejándonos hasta que lo vimos desaparecer a lo lejos como un gran duende negro, los pelos largos y rizados al viento, saltando entre los cerros.

Al perderlo de vista, nos paramos en seco y empezamos a reír divertidos. En ese momento, advertí la mirada brillante de Andrés. Me llamaba con los ojos. Me llevó a un lado, tomándome del codo y cuando estuvimos a algunos metros del grupo, acercó su rostro al mío y dijo: Me gustas.

Miles de mariposas revolotearon en mi estómago; no podía hablar nada. Me besó, nos besamos, poquito nomás, sin lengua (porque no era castigo como en la botella borracha) y entonces él preguntó: ¿Quieres estar conmigo? Le dije que sí. Pensé en Bilichi y en la suerte que había traído su aparición en esta tarde. Gracias a él y probablemente a Neptuno, Andrés, el chico más guapo del mundo, se había enamorado de mí. Como a lo lejos, sentimos las voces de nuestros amigos llamándonos. Volvimos al grupo. Yo era feliz.

Después del encuentro con Bilichi, ya no teníamos tanto calor y estábamos más entusiasmados que al principio. Sin embargo, no habíamos llegado ni a la mitad del camino. Podíamos ver la carretera allá abajo y se nos cruzó

la idea de bajar y caminar por ella para llegar más rápido. Pronto nos dimos cuenta que eso — aunque fácil — sería aburridísimo y nos pusimos a cantar, saltando alegremente. Nos abrazamos. Eramos diez y entre todos nos animaríamos para llegar lo más rápidamente posible.

El sol estaba cayendo cuando vimos a unos veinte metros por debajo de nosotros, la conocida estructura blanca. Respiré hondo. Nos detuvimos un buen rato, contemplando el paisaje terroso en el que estaba enclavada. Mirándola desde lo alto, no parecía tan imponente. De hecho, hasta se podía distinguir la blancura estropeada por la tierra que circundaba todo el lugar. Su techo estaba lleno de manchas y su grasienta superficie podía ser descubierta a pesar de la distancia. Pensé en la advertencia de Bilichi y por primera vez, me desanimé. De la mano de Andrés, me pregunté si no era mejor hacerle caso al loco y volver ahora mismo sobre nuestros pasos sin mirar atrás. Pero en ese preciso momento Pablo iniciaba el descenso a toda carrera. Iba gritando eufórico y todos lo seguimos.

La primera visión nos paralizó. Una virgen de yeso con la nariz rota nos miraba por un solo ojo. El otro ojo estaba manchado con una sustancia negra parecida a la brea. Flores marchitas desde meses atrás, lucían desmayadas sobre polvorientas botellas de gaseosa.

— Habría que limpiar todo esto — dijo Silvana con aire de mamá, exhibiendo un sentido práctico que nos dejó atónitos.

Nosotros continuábamos buscando algo que no podíamos encontrar a primera vista y paseamos la mirada por las paredes llenas de escritos y oraciones. El desencanto nos había vuelto silenciosos y observadores.

Juanito se dedicó a leer en voz alta las inscripciones:

“Madrecita mía, ayudame pa que sane mi ijito” “Virjencita hasme el milagro que te he pedido y dedicaré mi vida a ayudar al prójimo”, “Santa virgen que mi papá consiga su trabajo o que venga el pescado para que pueda salir a la mar”

De pronto yo reconocí una letra que había visto antes. Sentí un agudo dolor en el pecho y no quise que Juanito la viera, pero Nany también se había dado a la lectura y ya no pude detener, simultáneamente, a los dos.

“Virgencita ayúdame santita que no se me muera mi Lidia piensa qué sería de mí y de mis hijos. Madrecita hasme el milagro y yo te seré fiel siempre te rezaré y tuya será mi vida”

— Qué triste, ¿no? ¿Se habrá hecho el milagro? — se preguntó en voz alta, Juan.

— Yo puedo reconocer esa letra, yo la he visto antes — trató de adivinar Sandra.

— No lo digas — pedí.

Pero ella me miró sorprendida abriendo los ojos enormes hasta que una certeza iluminó sus pupilas.

— ¡Pero si es de Bilichi! — exclamó. Todos nos miramos en silencio.

Se hacía tarde y teníamos que regresar. Bajamos silenciosos hacia la carretera, mirando las casas de esteras, las chancherías, las gallinas picoteando en la tierra. Este era el otro lado del balneario. Nos habíamos alejado del mundo mágico del mar, de los pescadores y nos adentrábamos a la vida de Lima, sorda, triste. Un chiquito, sucio, nos abordó y riéndose nos gritó: “Gringo bachiche, saca tu piche para hacer cebiche”. Nadie le contestó. Estaba descalzo como solíamos estar nosotros, pero sus pies desnudos ya no eran los de la libertad.

Llegamos a la playa. Desde allí, ya no divisábamos la casita y yo pensé en Bilichi, solitario, caminando por los cerros para enfrentar su duelo.